

Breve anecdótico del ajedrez

Luis Ignacio Helguera

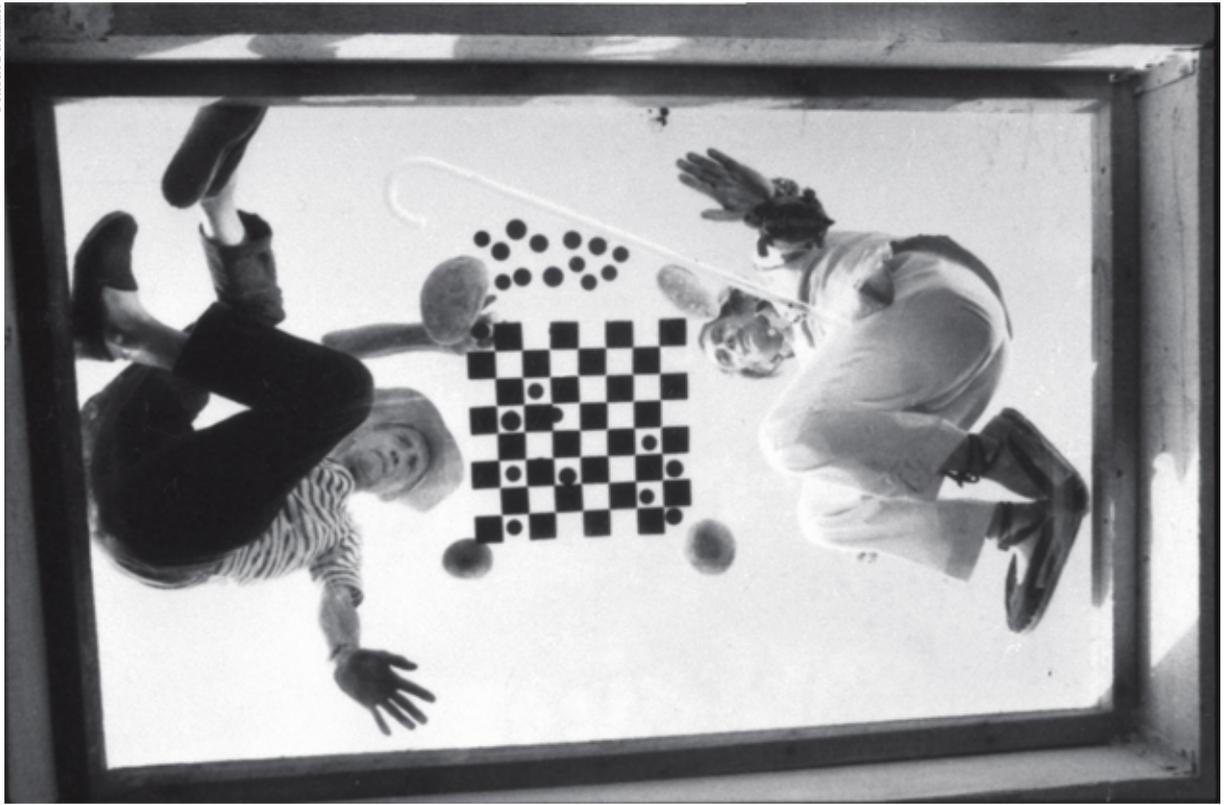
El matrimonio entre literatura y ajedrez ha sido muy fecundo —Zweig, Nabokov, Borges y Arreola dan cuenta de ello—, y Luis Ignacio Helguera nos recuerda que frente al tablero, como ante la página en blanco, uno puede jugarse la vida. Presentamos también algunas de sus “Astillas del tablero”, aforismos que echan luz sobre la psicología de este juego.

I. AJEDREZ Y EXISTENCIA

Perdida en la noche de los tiempos y de las civilizaciones más antiguas (Egipto, la India, Persia, Grecia, la España musulmana) la respuesta a la perseverante pregunta, algo necia acaso, ¿quién inventó el ajedrez? (cosa que, con más discreción, no se pregunta sobre los naipes o la música), podemos disfrutar, por su simple valor literario, la leyenda hindú según la cual un brahamán o filósofo llamado Sisa inventó el ajedrez para demostrar a su monarca joven y soberbio que, siendo la pieza central, nada puede el rey sin la ayuda de sus súbditos. Fascinado por el juego, el rey concedió a Sisa la recompensa que quisiera. Para castigar esta nueva muestra de soberbia, Sisa pidió simple trigo, en la siguiente proporción numérica: un grano por la primera casilla del tablero, dos por la segunda, cuatro por la tercera, ocho por la cuarta, dieciséis por la quinta y así sucesivamente, duplicando cantidades hasta lle-

gar a la casilla sesenta y cuatro. Con gesto despectivo ordenó el rey que se cumpliera la “humilde” petición. Pero después de realizar cálculos detallados, sus tesoreros le informaron que el reino entero sería insuficiente para cumplirla. El rey había sido aleccionado en dos sentidos: uno, a través del valor y la acción de las piezas, símbolos de los hombres y sus cosas; dos, a través de la dimensión del tablero, símbolo del mundo.

Ya desde su aspecto, pues, encerraba el ajedrez misteriosas claves de la existencia. Limitado a los sesenta y cuatro escaques e ilimitado, infinito juego a la vez, constreñido por reglas severas y juego de amplia, noble libertad a la vez, el ajedrez es juego más que juego. “Demasiada ciencia para ser juego y demasiado juego para ser ciencia”, según Leibniz. Y escribe Faulkner en su novela *Gambito de caballo*: “Nada mediante lo cual es posible reflejar todas las pasiones, esperanzas e insensateces humanas puede considerarse como un juego”. La frase del poeta inglés del



Salvador Dalí y Marcel Duchamp jugando ajedrez, 1966

siglo XV Chaucer era ya clara y categórica: “Os lo advierto: no se trata de un juego de niños”.

II. INFANCIA Y LOCURA, SEXUALIDAD Y ASEXUALIDAD

Sin embargo, el ajedrez se aprende mejor en la infancia y son frecuentes los niños prodigio del tablero. La predisposición natural para la abstracción que existe en la infancia —y que tiende a estrecharse por el aprendizaje de menesteres prácticos, concretos— explica que en el ajedrez, y en otros campos abstractos por excelencia como las matemáticas o la música, se dé a luz este género de *enfant terrible*.

A propósito de infancia y ajedrez recuerdo una anécdota del primer campeón oficial de ajedrez del mundo, Wilhelm Steinitz (1836-1900). El maestro checo viajaba en ferrocarril y se puso a conversar con un comerciante acompañado por su hija de ocho años. Cuando la niña escuchó que la profesión de ese hombre era el ajedrez, dijo: “¿Todavía juega usted ajedrez? ¡Huy, yo jugaba cuando era pequeña, pero ahora ya no!”. Naturalmente, el padre de esa niña y Steinitz rieron de buena gana. Pero no olvidemos que el pequeño y gran Steinitz, el descubridor del juego posicional, se volvería loco. Loco por el ajedrez siempre estuvo, pero cosa diferente es que *a causa del ajedrez* enloqueciera y al final de sus días jurara que por medio de la electricidad podía comunicarse con Dios, con quien jugaba ajedrez y a quien se permitía dar las blancas y peón de ventaja.

La variante lamentable de la locura no sólo ha sido jugada por Steinitz: también por otras luminarias como los norteamericanos Paul Morphy y Harry Nelson Pillsbury, el ruso Akiba Rubinstein, el mexicano Carlos Torre o el personaje de la magistral novela *La defensa* de Nabokov, el indefenso Luzhin. Se cuenta que al final de su vida, Morphy, retirado del ajedrez a los veintiún años, padeció manía persecutoria y que ordenaba en semicírculo zapatos de mujer; murió en una tina de baño en Nueva Orleans a los cuarenta y siete años de edad.

Del yucateco Carlos Torre (que, por cierto, trabajó de joven en una zapatería en Nueva Orleans) se dice que, después de una corta, brillante y agotadora serie de torneos internacionales (en que, entre otras cosas, entabló con Alekhine y Capablanca y venció a Lasker), después de tomar unas copas con amigos en un bar de la Calle 115 de Nueva York, perdió la memoria, se quitó la ropa y, como hombre mono, se fue caminando al zoológico. A los veinticuatro años Torre se vio forzado por razones médicas a abandonar el ajedrez.

El doctor Rey Ardid, catedrático de psiquiatría de la Facultad de Medicina de Zaragoza, España, y ajedrecista hasta por su nombre, ha explicado que las personalidades con capacidad de concentración y poco comunicativas se ven atraídas por el ajedrez, que puede intensificar la propensión a enfermedades mentales, de por sí natural en estos “temperamentos esquizotímicos”.

Fascinante, porque crea un mundo cerrado, con coordenadas espacio-temporales propias, el ajedrez es

al mismo tiempo peligroso, pues es fatalmente adictivo y suprime al mundo exterior, con todo y dimensiones tan fundamentales como la sexual.

Alekhine y Fischer (el Fischer activo) encabezan la larga lista de los maestros para quienes el ajedrez es lo más importante del mundo, más aún que el mundo mismo. Fuera del ajedrez, Alekhine no encontraba mejor cosa que beber (“El ajedrez y el vino nacieron hermanos”, dice una vieja máxima rusa suficientemente confirmada por Alekhine, Bogoljubow, Chigorin, Tal...), ni Fischer otra que leer tiras cómicas *Mad*. ¿Y las mujeres? En el medio ajedrecístico son considerablemente altas las estadísticas de solterones, divorciados y casados con adúlteras sistemáticas, cosa que en términos ajedrecísticos se traduciría como descuidar el flanco de dama.

Misógino por excelencia, Fischer declaró: “Las mujeres son débiles, todas las mujeres. Son estúpidas comparadas con los hombres. No deberían jugar ajedrez. Son como principiantes. Pierden cada una de las partidas que juegan contra hombres”. Y sobre el matrimonio opina: “El ajedrez es mejor”.¹

Cuando eran amigos, antes de enfrentarse por el campeonato mundial, Alekhine y Capablanca fueron juntos una noche de 1922 en Londres a un show. Mientras el siempre galante Capablanca no apartaba la mirada de las coristas, Alekhine no apartaba la mirada de su ajedrez de bolsillo. Alekhine se casó cuatro veces, siempre con mujeres mayores que él. A Capablanca se le vio en 1927, en Buenos Aires, bailar tangos con bellezas argentinas en pleno *match* contra Alekhine. Por atender damas, Capablanca descuidó el flanco del rey y Alekhine le arrebató la corona, la colocó sobre su cabeza y no volvió ni a enseñársela al cubano.

El caballeroso Boris Spassky, que en 1993 se había casado tres veces, según esa maravillosa enciclopedia del ocio que es *The Even More Complete Chess Addict*, describió la relación con su primera esposa como “de alfiles de colores opuestos”.²

El símbolo de la ambigüedad sexual en el ajedrez lo encarna como nadie Chevalier o Madame D’Éon de Beaumont (1728-1810), miembro del St. George Club de Londres, que en una sesión de simultáneas a la ciega de Philidor derrotó al clásico maestro, entre otros triunfos ajedrecísticos notables. Travestido como Madarne d’Éon de Beaumont, fue espía de Luis XV y realizó misiones secretas en Rusia e Inglaterra. Para aclarar la cuestión de su sexo, un tribunal de mujeres de Londres le practicó un examen, el 24 de mayo de 1771, que arrojó el extraño resultado

de “Sexo dudoso”. Pero un segundo examen, en 1777, avaló su sexo femenino. Sobresalió como dama de compañía de la emperatriz Isabel, antecesora de Catalina la Grande, y de la emperatriz María Antonieta. Después de la Guerra de los Siete Años se presentó como varón, explicando que era hermano de la estimada Madame d’Éon. Tan convincente era su personalidad femenina (o tan necesarios sus servicios y su presencia como madame), que cuando apareció en la corte de Versalles “vestida” de hombre, se le ordenó que se quitara el disfraz masculino y volviera a su atuendo y modales de dama. Años después tuvo desavenencias con el gobierno de París y amenazó con ven-

ASTILLAS DEL TABLERO

El ajedrez es la única manera civilizada de hacerle la vida imposible al prójimo.



Un momento en el salón del torneo en que todos los ajedrecistas se quedaron estáticos, como imitando las piezas del tablero. Sólo los relojes seguían corriendo. Como los relojes de arena siguen trabajando, incansables, sobre las momias egipcias.



En *Zugzwang* se dice en ajedrez cuando a uno de los contendientes no le queda sino esperar —con frecuencia cosas terribles—, moviendo la misma pieza de un cuadrado a otro. En *Zugzwang* habría que decir que está uno esas tardes en que no queda sino esperar, caminando de un cuarto a otro, mirando por la ventana.



El ajedrez nos recuerda que el mundo es un conjunto de posibilidades casi infinitas y que hay que decidirse por una.

¹ Cf. Mike Fox y Richard James, *The Even More Complete Chess Addict*, Londres-Boston, Faber, 1987 y 1993, pp. 260-261.

² *Ibidem*, p. 262.

El ajedrez es el dominio ideal del tímido, del solitario, del escéptico, del desencantado.



El ajedrez es un juego *autista*, y sin embargo, todo depende de lo que haga *el otro*.



¿Es un juego? Sobre ningún otro juego se editan revistas e informadores, ni se publican tratados, enciclopedias, libros que llenan bibliotecas. Y difícilmente otro juego ha inspirado tanta literatura, buena y mala, que va de referencias notables en Alfonso X o Santa Teresa, en Cervantes o Shakespeare, en Carroll o Faulkner a obras magníficas (de Nabokov o Zweig), ensayos brillantes pero con apreciaciones técnicas muy discutibles (como el de Cabrera Infante sobre Capablanca) y *best sellers* francamente mediocres (Süskind, Pérez-Reverte...).



—¿Sabes jugar ajedrez?

—Sé mover las piezas.

Respuesta trillada y curiosa. Nada de saber o no saber mover las piezas: se juega o no se juega ajedrez; se es o no se es ajedrecista. A la pregunta:

—¿Sabes manejar?

Nadie responde:

—Sé mover la palanca de velocidades.



Peón de séptima a octava: sapo que después de brincos lerdos se metamorfosea en princesa; esforzado y feo gusano que reencarna en ágil, volátil, agraciada mariposa.

der a los ingleses toda la información confidencial de su trabajo como espía. Por esa razón, en dos ocasiones trataron —infructuosamente— de envenenarla agentes franceses. Murió a muy avanzada edad, cuando al batirse en duelo se enredó en su propia falda (como si por fin se le enredaran los dos sexos) y se ensartó en la espada de su rival. Sólo el examen *post mortem* pudo determinar su sexo masculino.

III. FRENTE AL TABLERO

A los ajedrecistas, seres dotados para la renuncia al mundo, se les conoce naturalmente por sus partidas, pues a los estilos de juego diversos corresponden otras tantas personalidades. También se les conoce por sus comportamientos frente al tablero.

Lo primero que se necesita para sentarse ante el tablero es resistencia o, como se decía en la era del ajedrez prereloj, “buenas posaderas”, tan buen cerebro como buenas posaderas. Se cuenta que en 1851 el historiador británico Henry Buckle logró redactar dos capítulos de su *History of Civilization in England* mientras su contrincante reflexionaba una jugada. Por su parte, después de horas de esperar heroicamente respuesta, Morphy miró interrogativamente a Paulsen, quien exclamó: “¿Qué, me tocaba a mí?!” Así puedan lamentarla algunos jugadores extremadamente lentos, la existencia del reloj en el ajedrez es un triunfo de la civilización.

Con o sin reloj, la práctica del ajedrez es terriblemente absorbente y desgastante, aspecto en el que justifica, así sea de modo parcial, su parentesco con los deportes. Enigma paradójico del estático ajedrez esto de equipararse en el desgaste físico (y psicológico) con el que provocan algunos de los deportes más dinámicos, intensos y rudos: un estudio norteamericano estimó que la tensión a que es sometido un jugador en partidas de cuatro o cinco horas durante un torneo de ajedrez equivale a diez rounds de box. Capablanca no perdió partida pero sí siete kilos en su *match* por el Campeonato del Mundo contra Lasker disputado en La Habana en 1921. Y Petrosian tuvo que sacrificar, además de varias piezas, ocho kilos para obtener el título mundial frente a Botvinnik en 1963. Manera única de bajar de peso la que ofrece el ajedrez: permanezca sentado, concéntrese lo más que pueda, analice mucho y mueva un brazo y una mano cada tantos minutos con la mayor precisión posible.

Es natural que a un juego tan temible corresponda una rica gama de códigos de conducta. Tenemos por un lado a los malportados, encabezados genialmente por Fischer, quien durante su *match* contra Spassky, en 1972, llegaba tarde, insultaba a la prensa

y a los organizadores, y entre jugada y jugada se comía las uñas, se limpiaba los oídos y se sacaba los mocos. Por otro, a los que a la tensión esencial del juego agregan la presión contra el rival de su mirada escrutadora y cínica, capaz de alcanzar grados hipnóticos en magos, encantadores de serpientes, basiliscos como Tal o Karpov.

Igualmente sutil, pero más elegante, fue Lasker, empedernido fumador de puros, cuando colocó un habano junto al tablero en que enfrentaba a Nimzowitsch, empedernido rival del tabaco. Nimzowitsch se quejó con el juez, quien argumentó: “Vamos, si ni siquiera lo ha encendido”. A lo que replicó Nimzowitsch: “¡Pero amenaza con hacerlo!”, frase que inspiró la bella formulación de que en el ajedrez la amenaza es más fuerte que la ejecución.

Como ya habrá sospechado el lector, Nimzowitsch, autor del clásico *Mi sistema*, era un neurótico consistente. En alguna ocasión, después de perder una partida, saltó sobre la mesa y gritó: “¿Por qué he de perder contra este idiota?!”, lo cual más serenamente debería movernos a la reflexión de que en el ajedrez no siempre gana el hombre más inteligente, ni siquiera el mejor ajedrecista.

Volviendo al matemático y filósofo casi tan kantiano como Emmanuel Kant, Emanuel Lasker, otras anécdotas ilustran su elegancia cruel. Iba Lasker un día a tomar un tren. El encargado de la estación le preguntó: “¿Juega usted ajedrez?”. La respuesta del maestro que esperaba no se hizo esperar: “Muy poco”. Después de propinar, en minutos, varias palizas, Lasker concedió la ventaja de la dama al jefe de estación, y aún así lo derrotó. Rendido, el encargado levantó la mirada y preguntó: “Nadie me había dado tanta ventaja y me había derrotado tan fácilmente. ¿Quién es usted?”. “Lasker”, respondió francamente Lasker. “¿Es usted el campeón del que tanto hablan?”. “¡No!” —aclaró el maestro—. “Ese Lasker es demasiado fuerte. Tengo un amigo, de apellido Lasker también, que me concede siempre la dama de ventaja y a él, a su vez, el campeón Lasker le concede siempre la dama de ventaja”. El encargado de estación se retiró perplejo: ¿cuántas damas de ventaja podría concederle el campeón Lasker?

Podemos continuar el espejeo, la multiplicación a la Escher del genio de Lasker con otra anécdota. Hizo un día el maestro escala en un café de provincia, donde unos parroquianos jugaban ajedrez. Uno de ellos lo invitó a jugar y Lasker ganó con tal facilidad, una par-



Alicia en el país de las maravillas, imagen original

© Shutterstock

tida tras otra, que el parroquiano exclamó: “Discúlpeme, pero usted tiene que ser un gran jugador. ¡Figúrese que a mí me llaman el Lasker del pueblo!”.

Existen también los maestros del tablero que se han distinguido por su caballerosidad; entre muchos otros: Schlechter, Carlos Torre, Capablanca, Reti, Spassky, Korchnoi —quien paladea chocolatitos suizos mientras urde maniobras terribles— ... De Carlos Torre sabemos que apreciaba más hacer una bella partida, lograr una posición de alto valor estético y estratégico, que vencer:

Al maestro Torre [sostiene su estudioso Gabriel Velasco] jamás le atrajo la idea de la lucha o competencia que es inherente al juego del ajedrez. Para Torre jamás existió la alegría de la victoria por sí misma o la amargura de la derrota, porque para él el ajedrez era tan sólo y ante todo un arte. [...] Ya después de haberse retirado de las competencias oficiales internacionales, solía jugar partidas amistosas en las que lograba una posición ganadora y luego obsequiaba a su rival el gusto de recibir una inesperada oferta de tablas. Cuando Torre ganaba una bonita partida lo único que le inquietaba, y a veces hasta lo hacía sufrir, era el hecho de haber lastimado el ánimo de su oponente por el resultado de la partida en términos deportivos.³

³ Gabriel Velasco, *Vida y partidas de Carlos Torre*, México, Incaro, 1993, pp. 22-23.

Ese rey que, en el final de partida, abandona la ruina de su enroque y se dirige al centro, la frente en alto, el alma por los suelos, en medio de peones aislados, doblados, heridos de muerte, y entre numerosos cadáveres arrojados fuera del campo, recuerda tanto a Napoleón en la Batalla de Waterloo...



A la Isla de Santa Helena enviaron a Napoleón un plan de escape oculto en los compartimentos de un tablero de ajedrez. Napoleón no pudo escapar de la isla ni del ajedrez: al morir, su corazón fue atesorado en un tablero de ajedrez (que se conserva en Asheville, Carolina del Norte).

Semejante código ético ostentaba Karl Schlechter (Viena, 1874-Budapest, 1918), cuyo apellido significa irónicamente “el peor”. Conocido como “el rey de las tablas”, Schlechter no pudo ser derrotado por Lasker en el *match* por el campeonato del mundo de 1910: el resultado final fue de un triunfo para Lasker, uno para Schlechter y ocho tablas. Schlechter “fue un hombre extremadamente amable y modesto, de quien se decía [que] le molestaba ganar una partida por no ofender a su contrario”.⁴

Opuesto a Schlechter, como las blancas a las negras, fue el brillante y temperamental David Janowski (Polonia, 1868-Francia, 1927), que odiaba las tablas y los finales, amaba los alfiles y las combinaciones bellas y contundentes en el medio juego, y comparaba su estilo de juego al drama de la reina de Escocia, María Estuardo: “Hermosa, pero sin suerte”. Bohemio y volcánico, Janowski, cansado de jugar y derrotar siempre a su mecenas Nardus, no tuvo empacho en decirle en su cara, al darle el enésimo jaque mate: “De todos los malos jugadores que he conocido, ninguno lo es tanto como usted”, con lo cual quedó interrumpido, de inmediato, el apoyo financiero que le había permitido disputar el título mundial en dos ocasiones.

Finalmente, en un juego cuyo objetivo final es el jaque mate, no dejan de alcanzar simbología trágica las muertes de algunos ajedrecistas sobre el propio campo de batalla de los sesenta y cuatro escaques. El perdedor, ante Steinitz, del primer *match* oficial por el campeonato del mundo, Johannes Zukertort (Polonia, 1842-1888) —cuyo apellido significa dulcemente “torta de azúcar”—, erudito y personaje formidable (hablaba alrededor de diez idiomas, sabía de memoria todas las partidas que había jugado en su vida, fue médico del ejército prusiano condecorado con siete medallas, esgrimista, tirador de pistola, músico, crítico musical, editor de una revista política y profundo conocedor de sociología, teología, filología, psicología y química), sufrió un derrame cerebral que lo mató mientras jugaba una partida. Fue también un derrame cerebral masivo el que acabó de tajo con la vida de Capablanca, mientras observaba una partida jugada en un club. Y la muerte de Alekhine es la de un rey en la miseria, la de un león en un cuchitril: campeón del mundo grandioso y mezquino, fue encontrado muerto en un humilde hotel de Estoril, Portugal, con el abrigo puesto, para protegerse del frío, unas cuantas monedas en los bolsillos y, frente a él, un tablero con piezas eterno. **U**

⁴ Pablo Morán, *Los campeonatos del mundo: de Steinitz a Alekhine*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974, p. 29.

Reproducido con autorización. Luis Ignacio Helguera, *Peón aislado. Ensayos sobre ajedrez*, UNAM y DGE | Equilibrista, México, 2006.